



Título original: 1984

© 2026, de la traducción por Jordi Vidal i Tubau

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

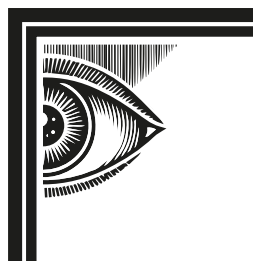
ISBN: 979-13-87788-45-2
DL: B 1.907-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en mayo de 2026 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

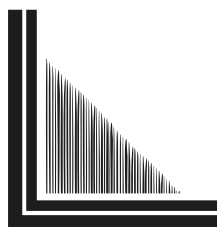


GEORGE ORWELL

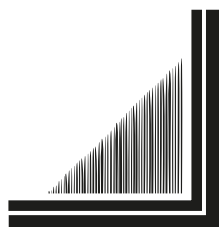


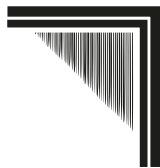
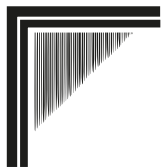
1984

TRADUCCIÓN DE JORDI VIDAL I TUBAU

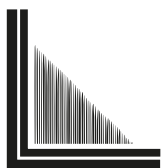


Newton Compton Editores
Barcelona, 2026





PRIMERA PARTE



Era un día de abril frío y luminoso y los relojes daban las trece. Winston Smith, con la barbilla pegada al pecho en un esfuerzo por evitar el viento atroz, se deslizó rápidamente entre las puertas de cristal del Edificio de la Victoria, aunque no pudo evitar que un remolino de polvo arenoso entrara con él.

El pasillo apestaba a col hervida y alfombrillas viejas. A la pared del fondo estaba pegado un cartel en color, demasiado grande para hallarse en un interior. Representaba solo un rostro enorme, de más de un metro de ancho: el rostro de un hombre de unos cuarenta y cinco años, con un espeso bigote negro y una fisonomía adusta y atractiva. Winston se dirigió a las escaleras. Era inútil intentar coger el ascensor, incluso en las mejores épocas funcionaba bien poco, y actualmente cortaban la electricidad durante las horas de claridad. La medida formaba parte de la campaña de ahorro para preparar la Semana del Odio. El piso estaba siete tramos de escalera más arriba, y Winston, que tenía treinta y nueve años y una úlcera varicosa justo encima del tobillo derecho, fue subiendo lentamente, descansando varias veces a medio camino. En cada rellano, frente al hueco del ascensor, el cartel con aquel rostro enorme lo miraba desde la pared. Era uno de esos retratos dibujados de tal forma que sus ojos lo siguen a uno mientras se mueve. «EL GRAN HERMANO TE VIGILA», decía el pie de la imagen.

Dentro del piso una voz sonora leía una lista de cifras que tenían algo que ver con la producción de lingotes de hierro. La voz salía de una placa metálica rectangular, semejante a un espejo empañado y empotrada en la superficie de la pared de la

derecha. Winston giró un botón y la voz disminuyó un poco el sonido, pero las palabras aún seguían distinguiéndose. El aparato («telepantalla» se llamaba) se podía aflojar, pero no había forma de apagarlo del todo. Winston se acercó a la ventana: una figura menuda y frágil, con la delgadez del cuerpo realzada por el mono azul, que era el uniforme del Partido. Tenía el pelo muy rubio, el rostro rubicundo y la piel áspera por culpa del jabón tosco, de las hojas de afeitar romas y del frío del invierno, que apenas terminaba.

Fuera, incluso a través del ventanal cerrado, el mundo se veía frío. Abajo, en la calle, pequeños torbellinos de viento removían el polvo y los papeles rotos formando espirales y, aunque el sol brillaba y el cielo era de un azul intenso, no parecía que nada tuviera color, salvo los carteles que había pegados por todas partes. El rostro bigotudo observaba desde la atalaya de cada esquina. Había uno justo en la fachada de enfrente. «EL GRAN HERMANO TE VIGILA», decía el pie, mientras los ojos oscuros miraban fijamente los de Winston. En la calle, otro cartel, con un borde rasgado, iba chasqueando con el viento, cubriendo y descubriendo una sola palabra: «SOCING». A lo lejos, un helicóptero bajaba entre los tejados, se quedaba un instante planeando como un tábano y volvía a marcharse raudito y trazando una curva. Era la patrulla policial, que metía la nariz en las ventanas de la gente. Pero eso no importaba. Solo importaba la Policía del Pensamiento.

Detrás de Winston, la voz de la telepantalla seguía parlotear sobre los lingotes de hierro y el cumplimiento del Noveno Plan Trienal. La telepantalla recibía y transmitía simultáneamente. Cualquier ruido que Winston hiciera por encima de un susurro muy flojo era captado por el aparato; además, mientras estuviera dentro del campo de visión que abarcaba la placa metálica, podía ser visto y escuchado. Evidentemente, no había forma de saber si te estaban observando en un momento dado. Solo se podían hacer suposiciones sobre la frecuencia o sobre el sistema con el que la Policía del Pensamiento se conectaba a una línea individual. Incluso era posible que vigilaran a todo el mundo a todas horas. Podían intervenir tu línea siempre que

quisieran. Tenías que vivir –y vivías, a partir de una costumbre convertida en instinto– dando por sentado que cualquier ruido sería escuchado y que, excepto en la oscuridad, cualquier movimiento sería observado.

Winston se quedó de espaldas a la telepantalla. Era más seguro; aunque, como sabía bien, incluso una espalda puede ser reveladora. A un kilómetro de allí, el Ministerio de la Verdad, el lugar donde trabajaba, se elevaba blanco y enorme sobre el adusto paisaje. Esto, pensó con una vaga sensación de disgusto, esto era Londres, la ciudad principal de la Franja Aérea 1, que a su vez era la tercera provincia más poblada de Oceanía. Intentó rescatar algún recuerdo de la infancia que le pudiera decir si Londres había sido siempre así. ¿Había habido siempre esas vistas de casas destartaladas del siglo XIX, con los costados apuntalados con maderas, las ventanas tapadas con cartones y los tejados con planchas onduladas, y los maltrechos muros de los jardines desmoronándose en todas direcciones? ¿Y los solares bombardeados donde el polvo de yeso se arremolinaba en el aire y las hierbas crecían como querían sobre los montones de escombros? ¿Y los lugares donde las bombas habían assolado una zona más amplia y habían aparecido en ella unas miserables colonias de barracas de madera que parecían gallineros? Pero era inútil, no podía recordar; no le quedaba nada de la infancia excepto una serie de escenas muy iluminadas que tenían lugar sin trasfondo y que eran en su mayor parte incomprensibles.

El Ministerio de la Verdad –«Miniver», en neolengua*– era sorprendentemente distinto de cualquier otro objeto que se ofreciera a la vista. Era una enorme estructura piramidal de hormigón blanco que se elevaba, terraza tras terraza, hasta trescientos metros de altura. Desde donde se hallaba Winston, podían leerse, resaltando sobre la fachada blanca con una elegante tipografía, los tres eslóganes del Partido:

* La neolengua era el idioma oficial de Oceanía. Para una explicación sobre su estructura y etimología, véase el Apéndice.

LA GUERRA ES PAZ
LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES FUERZA

Se decía que en el Ministerio de la Verdad había tres mil salas sobre el nivel del suelo y las correspondientes ramificaciones debajo. Repartidos por Londres solo había tres edificios más de un aspecto y tamaño parecidos. La arquitectura de los alrededores quedaba tan empequeñecida que desde el tejado del Palacio de la Victoria podían verse los cuatro a la vez. Eran las sedes de los cuatro ministerios en los que se dividía toda la estructura gubernamental. El Ministerio de la Verdad, que se encargaba de las noticias, el ocio, la educación y las bellas artes. El Ministerio de la Paz, que se ocupaba de la guerra. El Ministerio del Amor, que mantenía la ley y el orden. Y el Ministerio de la Abundancia, que era responsable de los asuntos económicos. En neolengua se llamaban: «Miniver», «Minipax», «Minimor» y «Minindancia».

El Ministerio del Amor era el que más miedo daba. No tenía ni una sola ventana. Winston nunca había estado dentro del Ministerio del Amor, ni siquiera a medio kilómetro. Era imposible entrar en él si no era por un asunto oficial, y en ese caso había que atravesar un laberinto de alambradas, puertas de acero y nidos de ametralladoras ocultos. Hasta las calles estaban vigiladas por unos guardias con cara de gorila, uniformes negros y porras extensibles.

Winston se volvió de repente. Lucía la expresión de sereno optimismo que era aconsejable exhibir delante de la telepantalla. Cruzó la sala hasta la minúscula cocina. Saliendo del Ministerio a esa hora del día había sacrificado el almuerzo en la cantina, y sabía que en la cocina solo tenía un mendrugo de pan oscuro que debía guardar para el desayuno del día siguiente. Cogió del estante una botella de un líquido incoloro con una sencilla etiqueta blanca que decía «GINEBRA VICTORIA». Desprendía un olor empalagoso, como de licor de arroz chino. Winston casi llenó una taza de té, se armó de valor para la sacudida y se la tomó como si fuera una dosis de medicamento.

Al instante, el rostro se le enrojeció y los ojos empezaron a llorarle. Aquel brebaje era como ácido nítrico y, además, al tragarlo se tenía la sensación de que le dieran a uno un golpe en la nuca con una porra de goma. Sin embargo, al cabo de un momento la quemazón en el estómago amainó y el mundo comenzó a parecer más alegre. Sacó un cigarrillo de una cajetilla arrugada con la inscripción «TABACO VICTORIA» y lo sostuvo imprudentemente boca arriba, con lo que todo el tabaco se cayó al suelo. Con el siguiente tuvo más cuidado. Volvió a la sala y se sentó a una mesita situada a la izquierda de la telepantalla. Del cajón de la mesita sacó un portaplumas, un tintero y un cuaderno grueso de hojas holandesas en blanco, con el lomo rojo y las tapas jaspeadas.

Por algún motivo, la telepantalla de la sala se encontraba en una posición poco habitual. En vez de hallarse colocada, como era normal, en la pared del fondo, desde donde podría dominar toda la sala, estaba en la pared más larga, justo frente a la ventana. A un lado había una alcoba poco profunda donde ahora se sentaba Winston y que, cuando se habían construido los pisos, probablemente había sido pensada para poner una biblioteca. Sentado en aquel hueco, y con la espalda bien erguida, Winston podía quedar fuera del campo de visión de la telepantalla. Lo podían oír, claro, pero, si se quedaba tal como estaba, no podían verlo. En parte era la insólita distribución de la sala lo que le había sugerido lo que ahora se disponía a hacer.

Pero también se lo había sugerido el cuaderno que acababa de sacar del cajón. Era un cuaderno especialmente bonito. El papel, suave y aterciopelado, un poco amarillento por el paso del tiempo, era de un tipo que hacía por lo menos cuarenta años que no se fabricaba. Sin embargo, Winston podía pensar que el cuaderno era mucho más antiguo. Lo había visto expuesto en el escaparate de una tronada tienda de artículos de ocasión de un barrio sórdido de la ciudad (ahora no recordaba cuál) y enseguida le había asaltado el irresistible deseo de poseerlo. Los miembros del Partido tenían prohibido entrar en las tiendas normales («negociar en el mercado negro» lo llamaban), pero la regla no se acataba estrictamente, porque había varias cosas,

como cordones de zapatos y hojas de afeitar, que era imposible conseguir de ninguna otra forma. Echó una rápida ojeada en ambas direcciones de la calle, se metió en la tienda y compró el cuaderno por dos dólares y medio. No era consciente de que lo quisiera para ningún propósito concreto. Se lo llevó a casa dentro de la cartera, sintiéndose culpable. Aunque estuviera en blanco, era un objeto comprometedor.

Lo que ahora se disponía a hacer era empezar un diario. Esto no era ilegal (nada era ilegal, ya que no había leyes), pero si lo descubrían era bastante probable que lo castigaran con la pena de muerte, o como mínimo con veinticinco años en un campo de trabajos forzados. Winston colocó una plumilla en el portaplumas y la chupó para quitarle la grasa. La pluma era un utensilio arcaico, que no se usaba casi ni para firmar, pero él se había hecho con una, furtivamente y con cierta dificultad, simplemente porque le parecía que aquel papel aterciopelado tan bonito merecía que se escribiera en él con una pluma de verdad en lugar de ser rascado con un lápiz de tinta. De hecho, no estaba acostumbrado a escribir a mano. Aparte de las notas muy breves, lo más habitual era dictarlo todo al hablescribe, lo que evidentemente era imposible para lo que se proponía hacer ahora. Mojó la pluma en la tinta y entonces dudó un segundo. Se le estremecieron los intestinos. Rayar el papel era la acción decisiva. Con una letra pequeña y desgarrada escribió:

4 DE ABRIL DE 1984

Se echó hacia atrás. Le sobrevino un sentimiento de impotencia absoluta. Para empezar, no sabía con certeza si aquel era el año 1984. Debía de ser poco más o menos esa fecha, ya que estaba bastante seguro de que tenía treinta y nueve años y le parecía que había nacido en 1944 o en 1945; pero en aquellos días era imposible determinar una fecha sin dejar un año o dos de margen.

Se preguntó de repente para quién escribía ese diario. Para el futuro, para los que aún no habían nacido. Su mente se posó un instante en aquella fecha dudosa escrita en la página, y entonces

se topó de pronto con la palabra de la neolengua «doblepen-sar». Por primera vez tomó conciencia de la magnitud de lo que acababa de emprender. ¿Cómo iba a comunicarse con el futuro? Era imposible por naturaleza. O el futuro se parecería al presente, y entonces nadie lo escucharía, o sería distinto, y el apuro en el que se hallaba no tendría ningún sentido.

Se quedó un rato allí sentado, mirando el papel como un pas-marote. La telepantalla había cambiado a una música militar muy estridente. Era curioso que no solo hubiera perdido la capacidad de expresarse, sino que incluso hubiera olvidado de qué quería hablar. Hacía semanas que se preparaba para este momento, y nunca se le había ocurrido que pudiera necesitar nada más que coraje. El hecho mismo de escribir había de ser fácil. Solo tenía que trasladar al papel el monólogo agitado e interminable que lo rondaba por la cabeza desde hacía años. Sin embargo, en ese momento hasta el monólogo se había trun-cado. Además, la úlcera varicosa había empezado a escocerle de una forma insoportable. No se atrevía a rascarse, porque siempre que lo hacía se le inflamaba. Transcurrían los segundos. Solo era consciente de la blancura de la página que tenía delante, el escozor de la piel sobre el tobillo, la estridencia de la música y la leve embriaguez provocada por la ginebra.

De repente, se puso a escribir impulsado por el pánico, solo medio consciente de lo que escribía. Su letrita infantil se esparcía por la página, saltándose primero las mayúsculas y al final incluso los puntos y seguido:

4 de abril de 1984. Ayer por la noche en el cine. Todo pelícu-las bélicas. Una muy buena de un barco cargado de refugiados que era bombardeado en algún punto del Mediterráneo. Pú-blico muy divertido con imágenes de un hombre muy gordo y muy grande que intentaba escapar nadando con un helicóp-tero persiguiéndolo, primero se veía chapoteando en el agua como una marsopa, luego se veía por los visores de las ame-tralladoras de los helicópteros, y al final quedaba todo agujereado y el mar de alrededor se volvía rosa y él se hundía tan de repente como si el agua le hubiera entrado por los agujeros, y el público se murió de risa cuando se hundió, y después se

veía una lancha salvavidas cargada de niños con un helicóptero planeando encima, había una mujer de mediana edad debía de ser judía sentada en la proa con un niño de quizá tres años en los brazos, el niño chillaba de miedo y escondía la cabeza entre los pechos de la mujer como si quisiera acurrucarse dentro de ella y la mujer lo abrazaba y lo consolaba aunque ella también estaba triste y atemorizada, y todo el rato lo cubría tanto como podía, como si creyera que sus brazos podrían evitar que las balas tocaran al niño, y entonces el helicóptero soltaba una bomba de veinte kilos sobre ellos un estallido terrible y la lancha hecha astillas, luego venía una imagen maravillosa del brazo de un niño volando arriba por los aires un helicóptero con una cámara en el morro debía seguirlo hasta allí arriba y se oyeron muchos aplausos en los asientos del partido pero una mujer de la zona de los proletarios de pronto armó un escándalo gritando que aquello no deberían haberlo mostrado no delante de los niños que no lo entendían no delante de los niños no estaba bien hasta que la policía se la llevó se la llevó fuera supongo que no le pasó nada no le importa a nadie lo que dicen los proles la reacción típica de los proles ellos nunca...

Winston dejó de escribir, en parte porque tenía calambres. No sabía qué le había hecho verter aquel torrente de sandeces. Pero lo curioso era que, mientras lo hacía, le había venido claramente al cerebro un recuerdo totalmente distinto, hasta el punto de que casi se sintió con ánimos de ponerlo por escrito. Se daba cuenta de que, si había decidido volver a casa y comenzar el diario de repente era por aquel otro incidente.

Había ocurrido esa misma mañana en el Ministerio, si podía decirse que había ocurrido algo tan nebuloso. Eran casi las once, y en el Departamento de Archivos, donde Winston trabajaba, arrastraban las sillas fuera de las cabinas y las reunían en medio de la sala, frente a la gran telepantalla, preparándose para los Dos Minutos de Odio. Winston acababa de ocupar su sitio en una de las filas de en medio cuando dos personas a las que conocía de vista, pero con las que nunca había hablado, entraron inesperadamente en la sala. Una era una chica con la que a

menudo se cruzaba por los pasillos. No sabía su nombre, pero sí que trabajaba en el Departamento de Ficción. Suponía –por que a veces la había visto con las manos grasientas y llevando una llave inglesa– que desempeñaba algún trabajo mecánico en una de las máquinas redactanovelas. Era una muchacha de aspecto audaz, de unos veintisiete años, con el cabello oscuro y espeso, cara pecosa y movimientos rápidos y atléticos. Llevaba un fajín rojo, el emblema de la Liga Juvenil Antisexo, enrollado varias veces a la cintura del mono, tan estrecho que realzaba el atractivo contorno de sus caderas. A Winston le había caído mal desde el primer momento que la había visto. Y sabía por qué. Era debido al ambiente de campos de *hockey*, de baños fríos, de excursiones comunitarias y de rigurosa limpieza mental que siempre rezumaba. A él le caían mal casi todas las mujeres, y especialmente las que eran jóvenes y guapas. Eran siempre las mujeres, y sobre todo las jóvenes, las adeptas más fanáticas del Partido, las que se tragaban todos los eslóganes, las que servían de espías aficionadas y las que detectaban la heterodoxia. Pero esta chica en concreto le parecía más peligrosa que la mayoría. Una vez que se cruzaron por el pasillo, ella le lanzó una mirada de soslayo que le pareció que lo atravesaba y que por un momento le llenó de un terror oscuro. Incluso se le ocurrió que podía ser una agente de la Policía del Pensamiento. Esto, ciertamente, era muy poco probable. Aun así, siempre que la muchacha estaba cerca sentía una extraña inquietud en la que se mezclaban el miedo y la hostilidad.

La otra persona era un joven que se llamaba O'Brien, miembro del Partido Interior y titular de un cargo tan importante y tan remoto que Winston solo sabía vagamente en qué consistía. Un silencio momentáneo se extendió por el grupo de gente reunido alrededor de las sillas al ver acercarse el mono negro de un miembro del Partido Interior. O'Brien era un hombre fornido y corpulento, con un cuello ancho y un rostro áspero, socarrón y brutal. Pese a su aspecto temible, su actitud no estaba exenta de encanto. Tenía la costumbre de ajustarse las gafas a la nariz de una forma curiosamente enternecedora, en un gesto que resultaba indefinible y curiosamente refinado. Era

un gesto que, si alguien todavía hubiera pensado en estos términos, habría podido recordar a un aristócrata del siglo XVI-II ofreciendo su cajita de rapé. Winston había visto a O'Brien quizá una docena de veces en otros tantos años. Se sentía profundamente atraído por él, y no solo porque le intrigaba el contraste entre los modales educados de O'Brien y su físico de boxeador profesional. Era sobre todo porque tenía la creencia secreta —o quizá no era una creencia, sino una esperanza— de que la ortodoxia política de O'Brien no era perfecta. Algo de su rostro lo hacía sospechar irresistiblemente. Pero tal vez no era la falta de ortodoxia lo que llevaba escrito en el rostro, sino simplemente inteligencia. De todos modos, tenía el aspecto de alguien con quien se podía hablar si se pudiera eludir la telepantalla y llevarlo aparte. Winston nunca había hecho ni el más mínimo esfuerzo por confirmar su hipótesis: ni decir tiene que era algo irrealizable. En ese momento, O'Brien miró su reloj de pulsera, vio que eran casi las once y claramente decidió quedarse en el Departamento de Archivos hasta que finalizaran los Dos Minutos de Odio. Se sentó en la misma fila que Winston, a un par de sillas de distancia. Una mujer bajita y con el cabello de color castaño claro que trabajaba en la cabina contigua a la de Winston se instaló entre ambos. La chica del pelo oscuro estaba sentada justo detrás.

Al cabo de un momento, un chirrido funesto, como de una máquina monstruosa sin engrasar, provino de la gran telepantalla situada al fondo de la sala. Era un ruido que hacía rechinar los dientes y ponía los pelos de punta. Había empezado el Odio.

Como de costumbre, el rostro de Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo, apareció en la pantalla. Se oyeron algunos silbidos entre el público. La mujer bajita y de cabello castaño soltó un chillido de miedo y asco. Goldstein era el renegado reincidente que una vez, hacía mucho tiempo (nadie recordaba cuánto), había sido una de las figuras más destacadas del Partido, casi al nivel del propio Gran Hermano, y entonces había emprendido actividades contrarrevolucionarias, había sido condenado a muerte y había huido y desaparecido misteriosamente.

El programa de los Dos Minutos de Odio variaba cada día, pero no había ninguno en el que Goldstein no fuera la figura principal. Era el traidor por antonomasia, el primer profanador de la pureza del Partido. Todos los delitos subsiguientes contra el Partido, todas las traiciones, los actos de sabotaje, las herejías y las desviaciones procedían directamente de sus enseñanzas. En algún sitio aún estaba vivo y tramaba sus conspiraciones: quizá en algún lugar allende el mar, bajo la protección de sus mecenas extranjeros, quizá incluso –tal y como se rumoreaba a veces– en algún escondrijo de la propia Oceanía.

Winston notó una opresión en el pecho. Nunca podía ver el rostro de Goldstein sin experimentar una dolorosa mezcla de emociones. Era un rostro judío, delgado, con una gran aureola de cabellos blancos encrespados y una perilla de chivo, un rostro inteligente y, sin embargo, intrínsecamente despreciable, con una especie de necedad senil en aquella nariz larga y fina en cuyo extremo se sostenían unas gafas. Parecía la cara de una oveja, y la voz también tenía cierto deje ovino. Goldstein soltaba su rencoroso ataque habitual contra las doctrinas del Partido, un ataque tan exagerado y tan perverso que hasta un niño podría darse cuenta, pero aun así lo bastante verosímil como para alarmar a uno de la posibilidad de que otras personas menos sensatas pudieran acabar tragándose. Insultaba al Gran Hermano, denunciaba la dictadura del Partido, exigía la firma inmediata de la paz con Eurasia, propugnaba la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión y la libertad de pensamiento, gritaba histéricamente que la Revolución había sido traicionada; y todo ello en un rápido discurso polisilábico que era una especie de parodia del estilo habitual de los oradores del Partido y que incluso contenía palabras de la neolengua: más palabras de la neolengua, de hecho, que las que cualquier miembro del Partido utilizaría normalmente en la vida real. Y, mientras tanto, para que nadie tuviera ninguna duda de la realidad que ocultaba la especiosa labia de Goldstein, detrás de su cabeza, en la telepantalla, desfilaban las interminables columnas del ejército de Eurasia, filas y filas de soldados de aspecto firme, con unos rostros asiáticos inexpresivos, que

emergían hasta la superficie de la pantalla y desaparecían para ser sustituidos por otros exactamente iguales. Las pisadas rítmicas de las botas de los soldados sonaban de fondo de la voz lastimera de Goldstein.

Antes de que el Odio llegara a los treinta segundos, la mitad de los presentes en la sala estallaron en unas expresiones de rabia incontrolables. El rostro ovino, tan ufano en la pantalla, y el aterrador poder del ejército eurasiático detrás de él eran demasiado para poder soportarlo; además, el mero hecho de ver a Goldstein, o incluso de pensar en él, ya provocaba miedo y rabia automáticamente. Era un objeto de odio más constante que Eurasia o Asia Oriental, ya que cuando Oceanía estaba en guerra con una de estas potencias normalmente estaba en paz con la otra. Pero lo más extraño de todo era que, aunque Goldstein era odiado y despreciado por todo el mundo, aunque cada día, y mil veces al día, en las tarimas, en la telepantalla, en los periódicos y en los libros, sus teorías eran refutadas, aplastadas, ridiculizadas y expuestas a la mirada general como las sandeces deplorables que eran, a pesar de todo ello, su influencia nunca parecía disminuir. Siempre había nuevos bobos dispuestos a dejarse seducir por él. No transcurría ni un solo día sin que la Policía del Pensamiento desenmascarara a algún espía o algún saboteador que trabajaba bajo sus órdenes. Era el comandante de un enorme ejército que actuaba en la sombra, de una red subterránea de conspiradores que tenían el objetivo de derrocar el Estado. La Hermandad parecía que se llamaban. También corría la voz sobre un libro terrible, un compendio de todas las herejías del que Goldstein era su autor y que circulaba clandestinamente por acá y por allá. Era un libro sin título. La gente se refería a él, en cualquier caso, llamándolo simplemente *el libro*. Pero de estas cosas solo era posible enterarse por vagos rumores. Ni la Hermandad ni *el libro* eran un tema que un miembro corriente del Partido mencionara si podía evitarlo.

Durante el segundo minuto, el Odio llegó al delirio. La gente saltaba allí donde estaba y gritaba a pleno pulmón en un intento de ahogar la voz lastimera e irritante que salía de la pantalla. La mujer bajita de cabello castaño estaba muy roja, y abría

y cerraba la boca como un pez sacado del agua. Incluso el rostro adusto de O'Brien estaba encendido. Se sentaba muy rígido en la silla, con el poderoso pecho hinchado y tembloroso como si resistiera el embate de una ola. La chica del cabello oscuro que estaba detrás de Winston había empezado a gritar: «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!», y de repente cogió un pesado diccionario de neolengua y lo lanzó a la pantalla. Tocó la nariz de Goldstein y rebotó; la voz continuó inexorablemente. En un momento de lucidez, Winston se percató de que gritaba con los demás y que golpeaba fuertemente con los talones el travesaño de la silla. Lo más horrible de los Dos Minutos de Odio no era que estuvieran obligados a participar, sino que era imposible no sumarse. Al cabo de treinta segundos ya no era necesario fingir. Un horrible éxtasis de miedo y de venganza, un deseo de matar, de torturar, de aplastar rostros con un mazo parecían recorrer todo el grupo como una corriente eléctrica y convertían a uno, aun a su pesar, en un fanático que hacía muecas y se desgañitaba. Con todo, la rabia que se sentía era una emoción abstracta y sin dirección que podía pasar de un objeto a otro como la llama de un soplete. Así, en un momento dado, el odio de Winston ya no se dirigía contra Goldstein, sino contra el Gran Hermano, el Partido y la Policía del Pensamiento; y entonces su corazón simpatizaba con el hereje solitario y ridiculizado de la pantalla, con el único guardián de la verdad y de la cordura en un mundo de mentiras. Pero, al instante siguiente, se identificaba con la gente que lo rodeaba, y le parecía que todo lo que decían de Goldstein era verdad. Entonces, el odio secreto que sentía por el Gran Hermano se convertía en adoración, y el Gran Hermano parecía elevarse muy alto, como un audaz e invencible protector plantado como una roca contra las hordas asiáticas, y Goldstein, a pesar de su aislamiento, su impotencia y la duda que planeaba sobre su existencia misma, parecía un brujo siniestro, capaz de destruir la estructura de la civilización solo con el poder de su voz.

En ciertos momentos, incluso era posible desviar el odio en una u otra dirección con la fuerza de la voluntad. De repente,

con un tirón violento como el que nos permite separar la cabeza de la almohada durante una pesadilla, Winston logró trasladar su odio del rostro de la pantalla a la chica del cabello oscuro que se sentaba detrás de él. Unas alucinaciones vívidas y hermosas relampaguearon en su cerebro. La apalearía con una porra de goma hasta matarla. La ataría desnuda a una estaca y la atravesaría con flechas como a san Sebastián. La violaría y la degollaría en el momento del orgasmo. Además, comprendió mejor que antes por qué la odiaba. La odiaba porque era joven, guapa y asexuada, porque quería acostarse con ella y nunca lo haría, porque alrededor de su grácil cintura, que parecía pedir que la rodearan con el brazo, no había más que el odioso fajín rojo, un audaz símbolo de castidad.

El Odio llegó al paroxismo. La voz de Goldstein se había convertido en un auténtico balido, y por un instante su rostro se transformó en el de una oveja. Acto seguido la cara ovina se fundió en la figura de un soldado eurasiático que parecía avanzar, enorme y terrible, haciendo retumbar la ametralladora, y que estuviera a punto de salir de la superficie de la pantalla, hasta el punto de que algunos de los espectadores de la primera fila se echaron hacia atrás en sus asientos. Pero, en el mismo momento, provocando un profundo suspiro de alivio de todos, aquella figura hostil se fundió en el rostro del Gran Hermano, con el cabello y el bigote negros, rebosante de fuerza y de una serenidad misteriosa, y tan enorme que casi llenaba la pantalla. Nadie oyó qué decía el Gran Hermano. Eran solo unas palabras de ánimo, el tipo de palabras que se pronuncian en el fragor de la batalla, incomprensibles una por una, pero que permiten recuperar la confianza por el mero hecho de ser pronunciadas. Entonces el rostro del Gran Hermano se desvaneció y en su lugar aparecieron los tres eslóganes del Partido, en letras mayúsculas y negritas:

LA GUERRA ES PAZ

LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD

LA IGNORANCIA ES FUERZA

Pero el rostro del Gran Hermano daba la impresión de permanecer unos segundos en la pantalla, como si el impacto que había producido en la retina de los espectadores fuera demasiado intenso para desaparecer enseguida. La mujer bajita y de cabello castaño se abalanzó sobre el respaldo de la silla que tenía delante. Con un murmullo trémulo que sonaba algo así como «¡Mi salvador!», extendió los brazos hacia la pantalla. Después se tapó la cara con las manos. Era evidente que decía una plegaria.

En ese momento el grupo entero entonó un canto rítmico, lento y profundo: «¡Ge-Ge...! ¡Ge-Ge...! ¡Ge-Ge!». Lo repetían una y otra vez, muy despacio, con una pausa larga entre la primera G y la segunda, un sonido denso y suave, curiosamente salvaje, al fondo del cual parecían oírse las pisadas de unos pies descalzos y el batir de unos tam-tams. Lo mantuvieron durante unos treinta segundos. Era un estribillo que se oía a menudo en momentos de una emoción irrefrenable. En parte, era una especie de himno a la sabiduría y a la majestuosidad del Gran Hermano, pero, más aún, constituía un acto de autohipnosis, un modo deliberado de ahogar la conciencia por medio de un ruido rítmico. Winston notó que se le helaban las entrañas. Durante los Dos Minutos de Odio no podía evitar compartir el delirio general, pero aquel canto infrahumano de «¡Ge-Ge...! ¡Ge-Ge!» siempre lo llenaba de horror. Desde luego, cantaba con los demás: era imposible no hacerlo. Disimular los sentimientos, controlar la expresión de la cara, hacer lo que hacía todo el mundo, todo ello era una reacción instintiva. Pero hubo un espacio de un par de segundos durante los cuales sus ojos habrían podido traicionarlo. Y entonces ocurrió aquel hecho significativo, si es que había ocurrido.

Por un momento encontró la mirada de O'Brien. Este se había levantado, se había quitado las gafas y volvía a ponérselas sobre la nariz con aquel gesto característico. Pero hubo una fracción de segundo en que sus ojos se encontraron, y mientras duró Winston supo —¡sí, lo supo!— que O'Brien estaba pensando lo mismo que él. Se habían transmitido un mensaje inequívoco. Era como si ambas mentes se hubieran abierto y las

ideas hubieran volado de una a otra a través de los ojos. «Estoy contigo –parecía decirle O’Brien–. Sé exactamente lo que sientes. Conozco tu desprecio, tu odio, tu repugnancia. Pero no te preocupes, ¡soy de los tuyos!». Y entonces aquel estallido de inteligencia se extinguió, y el rostro de O’Brien volvió a ser tan inescrutable como el resto.

Eso fue todo, y ya no estaba seguro de que hubiera ocurrido. Los incidentes como ese no tenían ninguna consecuencia. Lo único que hacían era mantener en su interior la creencia, o la esperanza, de que otros, además de él, eran enemigos del Partido. Quizá, después de todo, los rumores sobre grandes conspiraciones clandestinas eran ciertos, ¡quizá la Hermandad existía de verdad! A pesar de las detenciones, las confesiones y las ejecuciones constantes, era imposible estar seguro de que la Hermandad no era solo un mito. Algunos días creía en ella; otros días, no. No había ninguna prueba, solo indicios fugaces que podían significar algo o nada: fragmentos de conversaciones escuchadas de paso; garabatos borrosos en las paredes de los aseos; y alguna vez, cuando dos desconocidos se encontraban, un pequeño movimiento con las manos podía parecer una señal de reconocimiento. Todo eso eran conjeturas: era muy posible que se lo hubiera imaginado todo. Winston se había metido en su cabina sin volver a mirar a O’Brien. La idea de prolongar aquel contacto momentáneo apenas cruzó por su mente. Habría sido extremadamente peligroso, aunque hubiera sabido cómo hacerlo. Durante uno o dos segundos habían intercambiado una mirada ambigua, y eso era todo. Pero, aun así, se trataba de un acontecimiento memorable en la hermética soledad en la que todo el mundo tenía que vivir.

Winston se despidió y se irguió en la silla. Eructó. La ginebra subía desde su estómago.

Sus ojos volvieron a centrarse en la página. Descubrió que, mientras había estado sentado cavilando inútilmente, también había escrito como en un acto automático. Y ya no era la misma letra apretada y chapucera de antes. La pluma se había deslizado voluptuosamente sobre el suave papel, escribiendo en unas mayúsculas grandes y claras:

ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO
ABAJO EL GRAN HERMANO

una y otra vez, hasta llenar media página. No pudo evitar sentir una punzada de pánico. Era absurdo, ya que escribir aquellas palabras concretas no era más peligroso que el acto mismo de empezar el diario; pero por un momento estuvo tentado de romper las páginas escritas y abandonar su propósito. Sin embargo, no lo hizo, porque sabía que era inútil. Tanto si escribía «ABAJO EL GRAN HERMANO» como si se abstenía de hacerlo, daba igual. La Policía del Pensamiento lo pillaría de todos modos. Había cometido –y lo habría cometido, aunque no hubiera puesto la pluma sobre el papel– el delito esencial que contenía todos los demás. «Criminal» lo llamaban. No era algo que pudiera ocultarse. Podías escaparte una temporada, o unos años, pero tarde o temprano te pillaban.

Siempre sucedía por la noche; las detenciones tenían lugar invariablemente por la noche. El sobresalto al despertarte, la mano brusca sacudiéndote el hombro, las linternas enfocándote los ojos, el círculo de rostros sombríos alrededor de la cama. En la mayoría de los casos no había juicio ni informe de la detención. La gente simplemente desaparecía, siempre por la noche. Tu nombre se eliminaba de los registros, los rastros de todo lo que hubieras hecho se borraban, tu existencia era negada y después olvidada. Quedabas erradicado, aniquilado: «vaporizado» era la palabra habitual.

Por un momento le invadió una especie de histeria. Empezó a escribir con una letra rápida y desgarrada:

me dispararán me da lo mismo me dispararán en la nuca me
da lo mismo abajo el gran hermano siempre te disparan en la
nuca me da lo mismo abajo el gran hermano...

Se echó hacia atrás en la silla, un poco avergonzado de sí mismo, y dejó la pluma. De repente dio un respingo. Habían llamado a la puerta.

¡Tan pronto! Se quedó quieto como un ratón, con la vana esperanza de que quien fuera se marchara al cabo de un instante. Pero no, la llamada a la puerta se repitió. Lo peor que podía hacer era tardar. El corazón le redoblaba como un tambor, pero el rostro, a fuerza de la costumbre, probablemente se mantenía inexpresivo. Se levantó y se acercó pesadamente a la puerta.

Al poner la mano en el pomo, Winston vio que había dejado el diario abierto sobre la mesa. Había escrito en él lo de «ABAJO EL GRAN HERMANO» con unas letras tan grandes que podían leerse desde el otro lado de la sala. Era una gran estupidez haberlo hecho. Pero se percató de que, incluso atrapado por el pánico, no había querido emborronar aquel papel suave cerrando el cuaderno mientras la tinta aún estaba fresca. Contuvo la respiración y abrió la puerta. Al instante le recorrió una cálida oleada de alivio. Fuera había una mujer pálida, de aspecto apagado, con el pelo ralo y la cara arrugada.

—Oh, camarada —comenzó con una voz lúgubre y quejumbrosa—. Me ha parecido oírte llegar. ¿Puedes venir a ver el fregadero de la cocina? Se ha atascado y...

Era la señora Parsons, la mujer de un vecino del mismo rellano. («Señora» era una palabra un tanto repudiada por el Partido —había que tratar a todo el mundo de «camarada»—, pero con algunas mujeres se usaba instintivamente). Era una mujer de unos treinta años, pero parecía mucho mayor. Daba la impresión de que tenía polvo en las arrugas de la cara. Winston la siguió por el pasillo. Las pequeñas reparaciones eran una molestia casi diaria. El Edificio de la Victoria tenía unos pisos viejos, construidos alrededor de 1930, que se caían a pedazos. El yeso no dejaba de desprenderse de los techos y las paredes, las tuberías se reventaban con cada helada un poco intensa, en el tejado había goteras siempre que nevaba y la calefacción funcionaba normalmente a medio gas, si no estaba cerrada con el fin de ahorrar. Las reparaciones, excepto las que podía hacer uno mismo, debían ser aprobadas por unos

comités remotos que podían demorar hasta dos años el cambio de un cristal roto.

—Te lo pido solo porque Tom no está en casa —dijo la señora Parsons vagamente.

El piso de los Parsons era más grande que el de Winston y estaba maltrecho de forma distinta. Todo parecía roto y pisoteado, como si acabara de pasar un animal grande y violento. Por el suelo estaban tirados muchos artículos deportivos —*sticks* de *hockey*, guantes de boxeo, un balón de fútbol deshinchado, un pantalón corto del revés—, mientras que sobre la mesa había un montón de platos sucios y cuadernos escolares arrugados. En las paredes había pancartas rojas de la Liga Juvenil y de los Espías, y un cartel del Gran Hermano de tamaño real. Se percibía el habitual olor a col hervida, común a todo el edificio, pero este piso estaba impregnado de un tufo más fuerte de sudor, que —se notaba desde el primer momento, aunque no podría uno decir por qué— era el sudor de una persona que no estaba allí presente. En otra habitación, alguien con un peine y un trozo de papel higiénico intentaba seguir el ritmo de la música militar que seguía emitiendo la telepantalla.

—Son los niños —explicó la señora Parsons, lanzando una mirada medio atemorizada hacia la puerta—. Hoy no han salido. Y claro...

Tenía la costumbre de dejar las frases a medias. El fregadero de la cocina estaba casi lleno de un agua sucia y verdosa que hedía más a col que nunca. Winston se arrodilló y miró el sifón. No le gustaba trabajar con las manos, ni tampoco agacharse, ya que esa postura siempre lo hacía toser. La señora Parsons lo miraba sin hacer nada.

—Claro que si Tom estuviera en casa lo arreglaría en un momento —dijo—. Le encanta y es muy mañoso.

Parsons era compañero de Winston en el Ministerio de la Verdad. Era un hombre más bien gordo pero muy activo, de una idiotez asombrosa, un amasijo de entusiasmos estúpidos, uno de esos borricos abnegados y absolutamente incondicionales de los que dependía la estabilidad del Partido, incluso más que de la Policía del Pensamiento. Con treinta y cinco años, acababan

de expulsarlo a su pesar de la Liga Juvenil, y antes de entrar en la Liga Juvenil se las había ingeniado para quedarse en los Espías un año más allá de la edad reglamentaria. En el Ministerio ocupaba un cargo secundario para el que no se requería inteligencia alguna, pero en cambio era una figura destacada del Comité Deportivo y de todos los demás comités que se encargaban de organizar excursiones comunitarias, manifestaciones espontáneas, campañas de ahorro y actividades voluntarias en general. Informaba con sereno orgullo, entre caladas a su pipa, que había asistido al Centro Comunitario cada tarde durante los últimos cuatro años. Un insoportable olor a sudor, una especie de testimonio inconsciente de la extenuante vida que llevaba, lo perseguía adondequiera que iba e incluso se quedaba una vez que él ya se había marchado.

—¿Tienes una llave inglesa? —preguntó Winston, peleándose con el tapón del sifón.

—Una llave inglesa —dijo la señora Parsons, quedándose de pie como un pasmarote—. Pues no lo sé. Quizá los niños...

Se oyeron pisadas de botas y otro soplido en el peine cuando los niños irrumpieron en la sala. La señora Parsons trajo la llave inglesa. Winston dejó correr el agua y sacó con asco el pegote de cabellos que había obstruido la tubería. Se lavó los dedos lo mejor que pudo con el agua fría del grifo y volvió a la otra habitación.

—¡Manos arriba! —gritó una voz despiadada.

Un niño de nueve años, bien plantado e insolente, había salido de detrás de la mesa y lo amenazaba con una pistola automática de juguete, mientras su hermana pequeña, que debía de tener un par de años menos, hacía el mismo gesto con un trozo de madera. Ambos llevaban los pantalones cortos azules, las camisas grises y los pañuelos de cuello rojos que constituían el uniforme de los Espías. Winston levantó las manos más arriba de la cabeza, pero con cierta inquietud, ya que el niño se mostraba tan agresivo que aquello no era exactamente un juego.

—¡Eres un traidor! —gritó el niño—. ¡Eres un criminal mental! ¡Eres un espía eurasiático! ¡Te mataré, te vaporizaré, te mandaré a las minas de sal!

De repente los dos se pusieron a saltar a su alrededor gritando «¡Traidor!» y «¡Criminal mental!», con la niña imitando los movimientos de su hermano. Todo aquello daba un poco de grima, como los saltitos de los cachorros de tigre que están a punto de convertirse en devoradores de hombres. Había una especie de violencia calculada en la mirada del niño, un deseo muy evidente de soltar un sopapo o un puntapié a Winston, y la conciencia de ser casi lo bastante mayor para hacerlo. Era una suerte que no tuviera una pistola de verdad, pensó Winston.

Los ojos de la señora Parsons iban nerviosamente de Winston a los niños y de estos a Winston. Con la luz más clara de la sala, Winston reparó con interés en que la señora Parsons, en efecto, tenía polvo en las arrugas de la cara.

—Arman mucho ruido —comentó la mujer—. Están decepcionados porque no han podido ir a ver la ejecución, no es más que eso. Yo tengo demasiado trabajo para llevarlos y Tom no volverá del trabajo a tiempo.

—¿Por qué no podemos ir a ver la ejecución? —clamó el niño con su vozarrón.

—¡Queremos ver la ejecución! ¡Queremos ver la ejecución! —entonó la niña, todavía corriendo y saltando.

Varios prisioneros eurasiáticos, acusados de crímenes de guerra, serían ahorcados en el Parque esa tarde, recordó Winston. Esto ocurría quizá una vez al mes, y era un espectáculo popular. Los niños siempre pedían a gritos que los llevaran a verlo. Se despidió de la señora Parsons y se dirigió hacia la puerta. Pero aún no había dado seis pasos por el rellano cuando algo le impactó en la nuca y le causó un fuerte dolor. Era como si le hubieran aplicado un hierro al rojo vivo. Se volvió a tiempo de ver cómo la señora Parsons arrastraba a su hijo hacia la puerta mientras el niño se guardaba un tirachinas en el bolsillo.

—¡Goldstein! —bramó el niño cuando la puerta se cerraba a su espalda. Pero lo que más sorprendió a Winston fue la mirada de miedo y de impotencia en el rostro grisáceo de la madre.

De nuevo en su piso, pasó rápidamente por delante de la telepantalla y volvió a sentarse a la mesa, todavía frotándose la

nuca. La música de la telepantalla se había detenido. Ahora una seca voz militar leía, con complacencia, la descripción del armamento de la nueva Fortaleza Flotante que acababan de instalar entre Islandia y las islas Feroe.

Con aquellos niños, pensó, la pobre mujer debía de llevar una vida terrorífica. Uno o dos años más, y los hijos la vigilarían noche y día para encontrarle síntomas de heterodoxia. Casi todos los niños de hoy en día eran horribles. Y lo peor de todo era que, por medio de organizaciones como los Espías, se convertían sistemáticamente en pequeños salvajes ingobernables, pero eso no les generaba ningún tipo de predisposición a rebelarse contra la disciplina del Partido. Al contrario, adoraban al Partido y todo lo relacionado con él. Las canciones, los desfiles, las pancartas, las excursiones, las instrucciones militares con fusiles de juguete, los eslóganes, la devoción por el Gran Hermano... Para ellos, todo era como una especie de juego maravilloso. Toda la agresividad que contenían se dirigía hacia fuera, contra los enemigos del Estado, contra los extranjeros, los traidores, los creadores, los criminales mentales. Era casi normal que las personas de más de treinta años tuvieran miedo a sus propios hijos. Y con razón, ya que apenas pasaba una semana sin que el *Times* publicara un párrafo que contaba cómo uno de aquellos chivatos habladores —«héroe infantil» era la expresión que usaban normalmente— había oído algún comentario comprometedor y había denunciado a sus padres a la Policía del Pensamiento.

El escozor causado por la bala del tirachinas se le había pasado. Winston cogió la pluma sin mucho ánimo, preguntándose si podía encontrar algo más que escribir en el diario. De repente, empezó a pensar de nuevo en O'Brien.

Tiempo atrás —¿cuántos años hacía?, debía de hacer siete— había soñado que caminaba por una sala absolutamente a oscuras. Y, al pasar, alguien sentado en un lado le decía: «Nos encontraremos en el lugar donde no hay oscuridad». Lo dijo muy bajito, como si nada, más como una afirmación que como una orden. Él siguió andando sin detenerse. Lo más curioso era que en ese momento, en el sueño, las palabras no le causaron

mucha impresión. No fue hasta después y de forma paulatina que empezaron a cobrar importancia. Ahora no podía recordar si había sido antes o después de tener el sueño cuando había visto a O'Brien por primera vez; tampoco podía recordar cuándo había identificado la voz como la de O'Brien. Pero, en cualquier caso, había hecho la identificación. Era O'Brien quien le había hablado desde la oscuridad.

Winston nunca había podido saber –ni siquiera después de aquel fugaz intercambio de miradas de esa mañana podía estar seguro de ello– si O'Brien era un amigo o un enemigo. Tampoco parecía que importara mucho. Entre ellos existía un vínculo de entente que era más importante que el afecto o la militancia. «Nos encontraremos en el lugar donde no hay oscuridad», había dicho. Winston no sabía qué significaban aquellas palabras, solo que de un modo u otro se harían realidad.

La voz de la telepantalla hizo una pausa. Un toque de trompeta, claro y vibrante, sonó en el aire estadizo. La voz prosiguió en un tono áspero:

–¡Atención! ¡Atención, por favor! Acaba de llegar una información de última hora del frente malabar. Nuestras fuerzas en el sur de la India han logrado una victoria sensacional. Estamos autorizados a anunciar que la acción de la que informamos podría situar la guerra a una distancia bastante razonable del final. Esta es la información de última hora...

Habrán malas noticias, pensó Winston. Y, efectivamente, tras una escabrosa crónica sobre la aniquilación de un ejército eurasiático, con unas cifras fabulosas de muertos y prisioneros, llegó el anuncio de que, a partir de la semana siguiente, la ración de chocolate se reduciría de treinta gramos a veinte. Winston eructó de nuevo. El efecto de la ginebra se le iba pasando y le dejaba algo amodorrado. La telepantalla –quizá para celebrar la victoria, quizá para sofocar el recuerdo del chocolate perdido– arrancó con «Oceanía, va por ti». Debía cuadrarse. Pero, en aquel rincón, él era invisible.

«Oceanía, va por ti» dio paso a una música más ligera. Winston se acercó a la ventana, dando la espalda a la telepantalla. El día aún era frío y claro. En algún lugar lejano estalló un cohete

bomba con un rumor sordo y prolongado. Actualmente en Londres caían veinte o treinta cada semana.

Abajo, en la calle, el viento hacía restallar el cartel rasgado, cubriendo y descubriendo la palabra «SOCING». Socing. Los principios sagrados del Socing. La neolengua, el doblepensar, la mutabilidad del pasado. Tuvo la impresión de que volaba por las selvas del fondo marino, perdido en un mundo monstruoso donde él mismo era el monstruo. Estaba solo. El pasado había muerto, el futuro era inimaginable. ¿Qué certeza tenía de que un solo ser humano vivo lo apoyaba? ¿Y qué forma tenía de saber que el dominio del Partido no duraría para siempre? Como una respuesta, le volvieron a la mente los tres eslóganes escritos en la fachada blanca del Ministerio de la Verdad:

LA GUERRA ES PAZ
LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES FUERZA

Se sacó del bolsillo una moneda de veinticinco centavos. Allí, con unas letras pequeñas pero muy claras, también estaban inscritos los mismos eslóganes, y en el reverso de la moneda, la cara del Gran Hermano. Sus ojos te perseguían incluso desde la moneda. En las monedas, en los sellos, en las tapas de los libros, en las pancartas, en los carteles y en los envoltorios de las cajetillas de tabaco, en todas partes. Siempre aquellos ojos que te vigilaban y aquella voz que te envolvía. Dormido o despierto, trabajando o comiendo, en el interior o al aire libre, en el cuarto de baño o en la cama, no había escapatoria. Nada te pertenecía, salvo los pocos centímetros cúbicos del interior del cráneo.

El sol había ido avanzando, y las infinitas ventanas del Ministerio de la Verdad, donde la luz ya no brillaba, se veían tétricas como las aspilleras de una fortaleza. Se estremeció ante aquella enorme forma piramidal. Era demasiado fuerte, imposible de asaltar. Ni un millar de cohetes bomba podrían echarla abajo. Volvió a preguntarse para qué escribía el diario. Para

el futuro, para el pasado, para una época que podía ser imaginaria. Y frente a él no había muerte, sino aniquilación. El diario quedaría reducido a cenizas y él, a vapor. Solo la Policía del Pensamiento leería lo que había escrito antes de hacerlo desaparecer de la existencia y del recuerdo. ¿Cómo se podía apelar al futuro cuando ni siquiera un rastro tuyo, ni siquiera una palabra anónima garabateada en un papel, podía sobrevivir físicamente?

En la telepantalla dieron las catorce. Debía marcharse en diez minutos. Tenía que volver al trabajo a las catorce treinta. Curiosamente, el anuncio de la hora pareció infundirle un nuevo coraje. Él era un fantasma solitario proclamando una verdad que nunca nadie oiría. Pero, mientras la proclamaba, la continuidad, de un modo misterioso, no se rompía. No era haciéndose oír, sino manteniendo la cordura que uno continuaba la herencia humana. Regresó a la mesa, mojó la pluma y escribió:

Para el futuro o para el pasado, para un tiempo en el que el pensamiento sea libre, en el que los hombres sean diferentes unos de otros y no vivan solos, para un tiempo en el que la verdad exista y lo que se haga no pueda deshacerse.

Desde la época de la uniformidad, desde la época de la soledad, desde la época del Gran Hermano, desde la época del doblepensar, ¡recuerdos!

Ya estaba muerto, pensó. Le pareció que solo ahora, cuando había empezado a poder formular sus pensamientos, había dado el paso decisivo. Las consecuencias de cada acción van incluidas en la acción misma. Escribió:

El crimental no implica la muerte: el crimental ES la muerte.

Ahora que se había reconocido como un hombre muerto, era importante mantenerse vivo todo el tiempo que fuera posible. Tenía dos dedos de la mano derecha manchados de tinta. Era exactamente el tipo de detalle que podía delatarte. Cualquier cotilla del Ministerio (probablemente una mujer como la bajita de cabello castaño o la chica del pelo oscuro del Departamento

de Ficción) podía empezar a preguntarse por qué había escrito durante la pausa del almuerzo, por qué había usado una pluma anticuada, qué había escrito, y luego dejar caer alguna insinuación en el sitio adecuado. Fue al aseo y se frotó cuidadosamente la tinta con el jabón áspero, de un color marrón oscuro, que raspaba como papel de lija y que, por tanto, resultaba eficaz para ese propósito.

Guardó el diario en el cajón. Era inútil pensar en esconderlo, pero al menos podía saber si habían descubierto que existía. Un cabello puesto en el borde de las páginas sería demasiado obvio. Con la yema del dedo cogió una mota identificable de polvo blanquecino y la dejó en una esquina de la tapa, de donde por fuerza se caería si alguien movía el cuaderno.